AIRE

Bruno Mardel

El aire que respiro abajo me lo manda un cabro de diecinueve años que no sabe nadar. Así es la pega. El Yerko va sentado en la popa, con el compresor entre las piernas. Le echa bencina, mira que la manguera no se le monte en el fierro del motor y escucha reguetón con un audífono puesto y el otro colgando, por si tiene que oírme. Oírme es un decir. Debajo del agua nadie conversa. Uno habla tirando la manguera. Un tirón: estoy bien. Dos: voy para arriba. Tres: sáquenme como puedan.

En veintidós años nunca he tirado tres.

Esa noche salimos a las once, sin luces, remando hasta dejar atrás la rompiente y pasar la punta. Recién allá prendimos el motor, donde el ruido se lo lleva la mar. Estábamos en veda. El loco está en veda casi todo el año y el que dice lo contrario está vendiendo. El Turco paga mil quinientos la unidad, en efectivo, dentro de una bolsa de pan, y no pregunta de dónde salieron. Uno tampoco pregunta para dónde van. Terminan en un restorán de Santiago con nombre en francés, supongo, servidos en una concha que no es la de ellos.

El Turco tiene una camioneta blanca con caja térmica y una manera de mirar la mercadería que da rabia, como si uno le estuviera pasando un problema en vez de un producto. Esa semana, cuando le avisé que iba a salir, me dijo que fuera tranquilo no más, que todo lo que le llegaba salía al tiro. No le pregunté de quién.

Tengo la cadera derecha muerta desde el dos mil once. Osteonecrosis, dice el papel. Me subieron demasiado rápido un día que se cortó el aire en Los Bajos y quedé cojo para siempre. En el hospital me anotaron en la lista y me dijeron que esperara, y llevo esperando lo que demora un cabro chico en irse a la universidad. En la clínica de Viña cuesta cinco millones ochocientos. Llevaba seis años juntando. Me faltaba un poco más de medio millón.

Yo la rompí abajo, así que abajo la iba a pagar. No le veo la vuelta más honrada al asunto.

El área de manejo del sindicato queda al norte de la punta, entre la roca partida y la boya. Es del sindicato entero, que somos treinta y ocho socios, y el presidente es mi hermano Lucho.

El Lucho habla en las reuniones como si estuviera leyendo el acta antes de escribirla. Compañeros, dice. Compañeros, el recurso no aguanta. Compañeros, el que saca en veda le está robando al hijo del vecino. Tiene una carpeta con elástico y unos lentes para leer que se pone solamente ahí. En marzo del año pasado me multó a mí, con mi apellido escrito en el libro y todo, por sacar cuatro docenas de lapas fuera de plazo.

Cuatro docenas de lapas.

Pagué y no le hablé por seis meses.

El Lucho le puso un fuera de borda nuevo a la chalupa en enero. Un motor de esos cuesta lo que gana un buzo en medio año.

Nadie preguntó nada.

El Yerko no quería salir esa noche. Me dijo que en la mañana habían visto la lancha de la Gobernación fondeada frente a la caleta chica y que su mamá le había dicho que no fuera. Le contesté que esa lancha se fondea todos los meses para que la vean, que para eso está, y le ofrecí veinte lucas más. Se quedó callado, dale que dale con el celular, y después se subió al bote y se sentó en la popa.

Al Yerko todavía le pasa que espera que uno le diga qué hacer.

A mí, para qué voy a mentir, me gusta que me obedezcan.

Bajé a las doce y media. Dieciséis metros, agua de invierno, negra como aceite quemado. Uno baja por el cabo del ancla con la lámpara apagada para no gastar batería y la prende recién en el fondo. Entonces aparece el mundo en un círculo del porte de una tapa de olla: el luche peinado por la corriente, dos jaibas agarradas por nada, el banco.

Abajo se escucha el compresor. El resuello baja por dentro de la manguera, un tos-tos parejo, y uno se acostumbra tanto a ese ruido que ya no lo oye, igual que el reloj de la cocina. Lo que sí se oye es cuando cambia. Ahí se te seca la boca antes de que alcances a pensar.

Esa noche, al rato de estar abajo, el tos-tos se me desordenó. Fueron dos segundos, a lo más tres. El aire siguió llegando, pero yo ya tenía una mano en el cabo del ancla y el cuerpo listo para tirar dos veces.

Después se emparejó solo.

Me quedé un rato escuchándolo.

Seguí trabajando.

El loco se despega con el chuzo, de una, metiendo la punta por la orilla del pie y haciendo una palanca corta. Si uno titubea, el animal se afirma a la roca y ya no lo saca ni Dios. En eso soy bueno. Es lo único en lo que he sido bueno en mi vida y lo he sido a oscuras, donde no me ve nadie.

Llevaba como cuarenta minutos y el chinguillo iba pesado cuando vi la otra luz.

Andaba a unos quince metros, bajita, barriendo el fondo igual que yo. Apagué mi lámpara y me quedé quieto. Pensé en la Armada, aunque los buzos de la Armada no andan solos ni de noche. Pensé en gente de otra caleta. Pensé en el Turco, que le compra a cualquiera.

La otra luz se dio vuelta y me pilló ahí parado.

Se acercó despacio. Le vi primero las aletas: negras, con una punta envuelta en huincha aisladora amarilla, porque se le quebró hace años y nunca ha querido comprar otras. Después le vi el chinguillo amarrado al tobillo, esa maña de los antiguos que él mismo prohibió en asamblea porque uno se puede quedar enganchado y morir por ahorrarse un nudo.

Nos quedamos frente a frente.

La máscara le agrandaba los ojos. Abajo no hay cómo hablar, ni cómo poner cara, ni siquiera cómo arrancarse rápido, porque cada uno anda amarrado a su manguera y la manguera sube derechito a la superficie a decir dónde está uno.

Levantó el pulgar y el índice haciendo el círculo.

Todo bien.

Después señaló con el chuzo hacia la izquierda, se dio media vuelta y se fue a trabajar a la derecha.

Nos repartimos el banco así.

Trabajamos unos veinte minutos, cada uno en su mitad, viéndonos el resplandor. En un momento se cruzó, me pasó un loco grande que ya tenía suelto en la mano y me tocó el brazo con dos dedos, la misma cosa que hacía cuando éramos cabros y me mandaba a mí a decirle a la mamá que se nos había perdido la red.

A la una y media el agua se puso blanca arriba.

Un foco.

Barría de un lado para otro y se metía tres, cuatro metros en el agua antes de deshacerse.

Tiré dos veces.

El Yerko respondió al tiro con dos tirones de vuelta. Empecé a subir por el cabo del ancla y, a tres metros, me obligué a parar. Conté de cien para atrás una vez y otra, hasta perder la cuenta, con el foco nadando encima. Lo más lento que aguanta el miedo, como me enseñó el viejo Manríquez, que también quedó cojo.

Asomé la cabeza pegado al casco.

El Yerko estaba blanco, con el compresor tapado por una frazada para matar el ronquido. La lancha de la Gobernación andaba a unos doscientos metros, culebreando con el foco por la orilla del área.

A treinta metros de nosotros estaba la chalupa del Lucho. En la popa, con las dos manos en la manguera, estaba el Panchito, un cabro de quince, sobrino de la Nena, sin idea de qué hacer.

Todavía no lo veían.

El Yerko se paró y tomó aire para gritarles.

Le puse la mano en la boca.

No sé cuánto duré con la mano ahí.

O sí sé. Miré la manguera del lado mientras lo tenía agarrado.

Primero se puso tiesa.

Después empezó a recogerse rápido, a manotones, como se vira una manguera cuando el cabro de arriba está solo, tiene quince años y ve venir un foco.

Solté al Yerko.

—Rema.

Remamos hasta ponernos al socaire de la roca partida, con el motor apagado. Nos quedamos ahí media hora, metidos en la sombra, mojados, sin hablar.

La lancha pasó a lo lejos y no volvió.

El chinguillo venía a reventar. Casi cuatrocientos locos.

Los conté dos veces esa madrugada, en la casa, con la ropa todavía puesta.

Al otro día en la caleta se supo.

Al Lucho le había dado el mal de presión. Lo subieron de golpe desde los dieciocho metros, se desmayó arriba de la chalupa y lo llevaron en camioneta a Valparaíso, a la cámara de la Armada.

Llegó cuatro horas tarde.

Pasó cinco días entrando y saliendo de la cámara.

Salió moviendo la cabeza y un brazo.

En la caleta la versión quedó ordenada ligerito, sin que nadie se pusiera de acuerdo: el presidente estaba sacando piure con permiso, la manguera se le enredó, el cabro se asustó.

Nadie dijo veda.

Nadie dijo loco.

A la señora del Lucho le hicieron una once solidaria con empanadas y les alcanzó para el colchón antiescaras.

La Nena me atajó a la salida del hospital, con el bolso apretado contra el estómago.

—El Panchito dice que andaba solo —me dijo—. Que se fue solo, de noche, sin avisarle a nadie.

—El Lucho siempre ha sido porfiado.

La Nena no se movió.

Me miró con esa cara que ponen las mujeres de la caleta cuando ya sacaron la cuenta y deciden no cobrarla.

Después me pidió que la ayudara con el trámite de la licencia.

La ayudé.

Todavía la ayudo.

En la asamblea de junio se votó subir la multa por extracción en veda de tres a diez unidades de fomento. El Lucho estaba ahí, en la silla, en la primera fila, mirando la mesa.

Se aprobó por unanimidad.

Yo levanté la mano igual que todos y la mantuve arriba el rato que había que mantenerla.

El Yerko dejó de ir a la casa. Supe que ahora anda de ayudante con los Aguilera, tendiendo manguera, y que se compró traje propio.

Una sola vez me habló del asunto, en la fila del almacén, sin darse vuelta.

—Yo iba a gritar, tío.

—Ya sé.

Seguimos avanzando con la fila.

Esa noche le enseñé dos cosas: a cuidar una manguera y a tragarse el grito. Las dos le iban a servir en la caleta.

No volvió a hablarme.

Me operaron en agosto en la clínica de Viña. Prótesis de titanio, cinco millones ochocientos, en efectivo, sin cuotas. La doctora me felicitó por lo bien que me estaba recuperando y me preguntó si hacía algún deporte.

Le dije que caminaba.

Camino sin cojear desde octubre.

Todas las mañanas paso a buscar al Lucho y lo bajo hasta la orilla. Son cien metros de tierra apisonada y un trecho malo donde las ruedas se entierran. Le arreglé los apoyabrazos con un pedazo de la manguera vieja, cortada a lo largo y abierta como una tripa, para que el fierro no le pele los brazos.

Quedó firme.

La manguera es buena para eso. Tiene años de sal y todavía aguanta.

Lo dejo mirando el agua y me siento al lado, en la piedra.

A esa hora salen los botes.

Le tomo la mano y espero.

Me aprieta una vez.

Estoy bien.

Nunca le pregunto otra cosa.